

*Crónica de la Manifestación del
Primer de Diciembre del 2012 en Guadalajara*

Más de 131, ITESO⁷⁸

El inicio de la marcha

El primero de diciembre del 2012, día de la toma de posesión de Enrique Peña Nieto como Presidente de la República, estuvo marcado por la violencia. En distintos lugares del país se reportaron enfrentamientos entre la policía y los manifestantes, reunidos para protestar contra un proceso electoral irregular. Guadalajara no fue la excepción.

En esta ciudad, los integrantes del movimiento #YoSoy132, junto con el Frente Amplio de Jalisco, se habían dado cita en la Plaza Juárez. El plan era marchar de ahí hasta la Expo Guadalajara, sede de la Feria Internacional del Libro (FIL). La hora de reunión para los manifestantes era las cuatro de la tarde, aunque algunos miembros del comité organizador llegaron antes. En el punto de reunión, los que participarían en la marcha comenzaron a pintar carteles y mantas, y a prepararse. El contingente empezó a moverse, convocado a través de altavoces por el grupo organizador, alrededor de las cuatro con quince minutos.

La marcha hizo una parada afuera de la sede del PRI en Guadalajara, como estaba planeado. Los manifestantes chiflaron y corearon consignas. Sin embargo, no todos compartían el espíritu de protesta pacífica: un grupo de aproximadamente cinco jóvenes, vestidos de negro y con la cara cubierta, lanzó piedras contra el edificio. Ninguno de los policías que acompañaban a la marcha desde el inicio intervino. Hubo gritos pidiendo no

⁷⁸ *Más de 131 ITESO es un colectivo estudiantil que busca la democratización de los medios de comunicación masiva del país y otras actividades sociales y políticas, siempre en una tónica noviolenta. Como grupo independiente nace al mismo tiempo que el movimiento #YoSoy132 en Guadalajara, al organizar la primera marcha 132 en la ciudad y continúa trabajando desde entonces.*

violencia y el comité organizador recordó a través de un megáfono que la marcha era pacífica e invitó a la gente a continuar. Marchantes y miembros del comité trataron de alejarse para marcar su diferencia con los jóvenes de actitud violenta, y el contingente se dividió por unos momentos de forma muy obvia. La manifestación se reanudó con prisas. Entre otras cosas, las pedradas rompieron una parte del domo del edificio y algunas ventanas.

Después del paso por la sede del PRI, algunas personas empezaron a recolectar piedras y botellas. El comité organizador decidió que la marcha no se detendría ante las oficinas de Milenio, como era el plan original. En distintos momentos, hubo gritos para pedir no violencia. Se realizó otra parada entre el PRI y Televisa, en la que el grupo organizador recordó que la marcha era pacífica y pidió que no arrojaran objetos contra el edificio de la televisora. El plan era no detenerse. Las agresiones, sin embargo, recomenzaron.

La parada fue rápida porque no estaba planeada. Al llegar frente a la sede de Televisa, los manifestantes pudieron notar que había un camarógrafo grabando y una valla. El escenario se repitió: los manifestantes corearon consignas y el grupo de jóvenes vestidos de negro y con la cara cubierta volvió a lanzar piedras, esta vez contra la fachada de la televisora. Hubo vidrios rotos. También, estos muchachos se dirigieron al camarógrafo y a los guardias de seguridad con actitud agresiva. Nuevamente, los policías que acompañaban a la marcha no intervinieron, sólo hicieron sonar su sirena. El grupo organizador pidió calma e invitó a seguir. La marcha se desmembró, porque algunas personas trataron de alejarse rápidamente de los manifestantes violentos. En este punto, el contingente ya estaba acompañado por múltiples patrullas.

Aproximadamente a las 5:30 pm, el contingente dio una vuelta a la glorieta de los Niños Héroe, para después detenerse. Como este sitio era uno de los puntos de reunión para los manifestantes, ahí se unieron a la marcha una gran cantidad de personas, entre ellos familias, jóvenes y señoras de la tercera edad. En esta parada el grupo organizador dio indicaciones sobre la ruta a seguir.

El contingente avanzó por la avenida Mariano Otero. Las consignas resonaron con especial fuerza en el túnel bajo las vías y animaron a los marchantes. También, una gran

cantidad de vehículos pasaban y mostraban su apoyo a la manifestación haciendo sonar sus bocinas. A la altura de la Cervecería Modelo Guadalajara, varios grupos en el contingente notaron a un hombre de traje negro y camisa blanca que los observaba pasar. Decenas de cámaras seguían a la marcha.

La manifestación se detuvo en la base del puente de los Arcos del Milenio. Algunos jóvenes escribieron sobre la barrera de éste mensajes como “Peña no es mi presidente” pero la policía, una vez más, no intervino. En ese momento, alrededor de diez patrullas seguían a la marcha. Mientras la manifestación cruzaba por encima del puente, varios de estos vehículos pasaron por el nivel de la calle haciendo sonar sus sirenas. Había también algunos policías en motocicleta. Durante el cruce, la marcha pasó a ocupar los cuatro carriles de la avenida en vez de solamente los dos derechos, como había sido hasta ese momento. Algunos manifestantes trataron de organizar a la gente para volver a la posición inicial pero no lo lograron.

Tras el puente, los manifestantes pudieron ver que sobre todos los carriles de Mariano Otero en su intersección con la avenida de las Rosas, aproximadamente treinta policías habían colocado vallas que bloqueaban el paso de la marcha. Este cerco les impedía acercarse a la FIL, como tenían planeado.

Al acercarse a los policías, el grupo organizador dio la indicación al contingente de moverse hacia el lado izquierdo y tomarse de los brazos para formar una valla humana y aproximarse de esa forma al bloqueo. Asimismo, este comité recordó que la marcha era pacífica.

Después de esto, el grupo organizador decidió poner en práctica una acción colectiva usada en las manifestaciones para romper cercos: el *ocho*. En esta operación, el contingente se sienta, cuenta hasta ocho y luego corre hacia el bloqueo. Sin embargo, en la marcha del primero de diciembre, no todos los manifestantes estaban informados de lo que se estaba realizando o con qué objetivo, lo que llevó a una confusión. La primera carrera, tras ponerse de pie, se frenó después de algunos metros; la segunda, dirigida hacia los dos carriles izquierdos de la calle, fue poco entusiasta, poco seguida, y se detuvo antes de llegar a las vallas.

En ese instante, estalló de nuevo la violencia: un grupo de manifestantes se separó del *ocho* detenido y corrió hacia el lado izquierdo de la calle. Estos sujetos comenzaron a lanzar piedras, fruta y botellas de plástico a la policía. Algunos jóvenes de este grupo retiraron las vallas por la fuerza. La policía mantuvo su formación y respondió al ataque enviando los proyectiles mencionados de regreso, junto con frases con las que buscaba arengar a los muchachos.

Mientras tanto, algunos manifestantes que querían alejarse de las agresiones fueron hacia el lado derecho de Mariano Otero. Sentados o de pie, invitaron a otros manifestantes a unírseles. El grupo cantó el Himno Nacional y coreó “Policía, hermano, tu lucha es de este lado”.

Tras algunos minutos de enfrentamiento entre los policías y los manifestantes violentos, los primeros se lanzaron contra los marchantes en general. Simultáneamente, llegó por detrás de la manifestación un grupo de policías motorizados para *cerrar la pinza*. El grupo que estaba sobre los carriles derechos de Mariano Otero, viendo cómo comenzaban los golpes directos, gritó varias veces “no violencia”. Sin embargo, cuando la policía corrió hacia ellos, se dispersaron.

La explosión de la violencia

Después de la dispersión, ya no se podría hablar de “el contingente”. La marcha se separó en ese punto en pequeños grupos o incluso individuos que trataron de salir de la trifulca por sus propios medios.

El grupo que forcejeó por la bicicleta

Un manifestante, Enrique, se acercó a la valla con su bicicleta. Los policías mantuvieron la formación. Enrique les gritó que estaban impidiendo a la gente manifestarse de forma libre. Detrás de él, Mario, con el rostro cubierto, lanzó una piedra a los oficiales. Ellos la enviaron de regreso.

Unos segundos después, los policías rompieron filas, y se dirigieron a Enrique, tomaron la bicicleta y la jalaron. Mario y Sofía, otra joven que se encontraba en el perímetro, se acercaron y comenzaron a forcejear por la bicicleta junto con Enrique. Éste último se cayó al suelo y desde allí siguió jalando.

Un elemento del grupo Lobo –seguridad especial de Guadalajara– se llevó a Sofía arrastrando del pelo, y acudió otro que le jaló la pierna. Finalmente, la pusieron de pie y la llevaron a empujones hasta la patrulla tipo “pick up”. Ahí, la colocaron de cara contra la parte de atrás del vehículo. Una manifestante se situó al lado del policía y le rogó a éste que no lastimara a Sofía. Le dijo que de esa forma no se trataba a las mujeres.

El elemento del grupo Lobo jaló a Sofía hacia atrás y la ahorcó con su brazo. Forcejeó con ella unos segundos y por último, logró que la joven se subiera a la patrulla.

La gente había acudido a pedir a los oficiales que no golpearan a los jóvenes que estaban arrestando. La policía les ordenó que se retiraran.

A Enrique también lo llevaron a la patrulla. Pidió a una de las personas que estaban alrededor del vehículo que cuidara su bicicleta. Sofía dio su nombre y número de teléfono, y pidió que llamaran a su casa.

La joven que fue violentada y arrestada

Mariana se encontraba cerca de la valla, y decidió correr justo cuando los policías rompieron filas. Al ver como los oficiales agredían a sus compañeros, les arrojó una fruta que no dio en el blanco.

Siguió su carrera por Mariano Otero, pero tropezó con unas bicicletas. Al momento de levantarse, un policía la tomó del cuello y la arrojó al suelo. Otro se acercó y la golpeó con la macana en la cabeza. El oficial que la agredió en primer lugar le dio una patada en las piernas. Este mismo sujeto jaló a la joven hasta levantarla, después de que una tercera policía pateara a Mariana en las costillas. Finalmente, la llevó hasta la patrulla, donde le pidió que se acomodara rápido. Mariana subió al vehículo justo detrás de Sofía.

Las jóvenes violentadas sobre la patrulla.

Mientras Sofía forcejeaba con el policía que pretendía subirla a la patrulla, del otro lado del mismo vehículo se encontraba Luisa. Un policía la trajo a empujones y la colocó contra la parte de atrás de la pick up. Procedió a catearla, y al hacerlo, metió su mano por debajo de la camiseta de Luisa y le tocó los senos. Un muchacho gritó al oficial que dejara a Luisa, y otro policía acudió para ocuparse del caso.

Más tarde, cuando Luisa ya se encontraba sobre la patrulla, un oficial la hizo agacharse violentamente para esposarla al vehículo.

Cuando la pick up arrancó, otra manifestante, Valeria, se lanzó corriendo detrás del vehículo y se aferró a la parte de atrás. El policía que estaba allí la golpeó para hacer que se soltara. Los pies de Valeria arrastraron varios metros sobre el pavimento mientras ella hacía un esfuerzo por incorporarse a la patrulla. Un joven intervino, y finalmente, logró que Valeria subiera a la patrulla con los otros.

El grupo que acompañó a la joven lastimada

Un grupo de cinco estudiantes (Emma, Laura, Alejandro, Diego y Roberto) se encontraba con el grupo de manifestantes que se había alejado de los disturbios. Cuando la policía rompió filas y se dirigió hacia el contingente, ellos se replegaron en dirección del estacionamiento del hotel Camino Real. Allí pudieron ver cómo un policía usaba su tolete para atacar a un muchacho con camisa de manga larga, Juan. Observaban la escena cuando un elemento del grupo Lobo les gritó: “¡Órale, a la chingada!”. Los oficiales querían que los manifestantes se alejaran de la FIL por Mariano Otero. En esta dirección avanzó el grupo, tratando de mantenerse unido. Corrieron respirando a través de prendas con vinagre, para protegerse del gas lacrimógeno que habían lanzado los policías.

Un poco más adelante, encontraron a varias personas conocidas que se habían reunido alrededor de una muchacha. Ésta tenía una rodilla lastimada y no podía moverse. Decidieron permanecer con ellos.

Además, se les unió Raquel, una señora que iba grabando lo que ocurría con su celular. Con ella estaba Juan, que tras la agresión de los policías tenía la camisa desgarrada y sangre en la cara. Raquel lo había auxiliado con papel del baño para limpiarse el rostro, y juntos se habían acercado al grupo reunido con la joven lastimada.

La policía no tardó en llegar hasta el grupo y demandarles que siguieran avanzando. Uno de los manifestantes respondió que no era posible que siguieran caminando, pues una compañera suya estaba herida. Los oficiales se lo llevaron por esta réplica y él accedió sin resistirse.

Otro de los ahí reunidos, enojado, gritó a uno de los policías. Le dijo que era poco hombre por golpear a una mujer. Varios policías estatales se dirigieron hacia él para aprehenderlo. La gente a su alrededor lo agarró para impedir que se lo llevaran. Emma, parte del grupo inicial de cinco jóvenes, se aferró a él. Uno de sus amigos, Roberto, trató de quitarla y lo logró. Sin embargo, Emma volvió a rodear con sus brazos al muchacho que estaba por ser arrestado. Los policías se acercaron. Otro amigo de la joven, Diego, trató de golpear a un oficial para protegerla, pero éste último lo pisó y lo pateó. Justo cuando Roberto había logrado apartar a la joven de nuevo, el policía le descargó a Emma un macanazo en la muñeca. Los policías levantaron al chico que se resistía. Éste se aferró de Juan, quien estaba junto a él. Los estatales golpearon a Juan y se llevaron, finalmente, al muchacho.

El grupo de cinco jóvenes se retiró del lugar hacia el Parque de las Estrellas, y consiguió salir del cerco caminando por avenida Arboledas.

Por otro lado, Raquel se quedó, aún grabando. Un policía se acercó a ella y le quitó el celular. La mujer pidió a otro oficial que interviniera, y éste exigió a su compañero que devolviera a Raquel su teléfono. El policía lo entregó con la condición de que la mujer le diera la memoria, y eso hizo ella.

Acciones Posteriores

El primero de diciembre, tras la manifestación, había múltiples heridos y veintisiete detenidos. Estos últimos salieron libres bajo fianza dos días después; es decir, el día tres.

Tenían mucho que contar: habían sufrido ataques físicos y psicológicos, y se les habían levantado cargos inverosímiles. A diferencia de ellos, ninguno de los principales agresores fue arrestado.

El diez de enero del 2013, el alcalde de Guadalajara, Ramiro Hernández García, declaró que se habían retirado los cargos de daños al patrimonio municipal a los veintisiete arrestados por falta de pruebas. Sin embargo, unas semanas más tarde, se les imputó un nuevo crimen: el de haber robado cartuchos de armas de fuego y un escudo antimotines. El caso aún sigue en proceso, y el sentimiento de injusticia permanece.